

Salmo 67

1 Dios tenga misericordia de nosotros y nos bendiga; haga resplandecer su rostro sobre nosotros; 2 para que sea conocido en la tierra tu camino, en todas las naciones tu salvación. 3 Alábente, Dios, los pueblos, todos los pueblos te alaben! 4 Alégrense y gocense las naciones, porque juzgarás los pueblos con equidad y pastorearás las naciones en la tierra. 5 ¡Alábente, Dios, los pueblos; todos los pueblos te alaben! 6 La tierra dará su fruto; nos bendecirá Dios, el Dios nuestro. 7 Bendíganos Dios y témanlo todos los términos de la tierra.

Hechos 16:9-15

9 Una noche, Pablo tuvo una visión. Un varón macedonio estaba en pie, rogándole y diciendo: "Pasa a Macedonia y ayúdanos". 10 Cuando vio la visión, en seguida procuramos partir para Macedonia, dando por cierto que Dios nos llamaba para que les anunciáramos el evangelio. 11 Zarpando, pues, de Troas, navegamos directamente a Samotracia, el día siguiente a Neápolis 12 y de allí a Filipos, que es la primera ciudad de la provincia de Macedonia, y una colonia. Estuvimos en aquella ciudad algunos días. 13 Un sábado salimos fuera de la puerta, junto al río, donde solía hacerse la oración. Nos sentamos y hablamos a las mujeres que se habían reunido. 14 Entonces una mujer llamada Lidia, vendedora de púrpura, de la ciudad de Tiatira, que adoraba a Dios, estaba oyendo. El Señor le abrió el corazón para que estuviera atenta a lo que Pablo decía, 15 y cuando fue bautizada, junto con su familia, nos rogó diciendo: Si habéis juzgado que yo sea fiel al Señor, hospedaos en mi casa. Y nos obligó a quedarnos.

Juan 16:23-33

23 En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará. 24 Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo. 25 "Estas cosas os he hablado en alegorías; la hora viene cuando ya no os hablaré en alegorías, sino que claramente os anunciaré acerca del Padre. 26 En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, 27 pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios. 28 Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y regreso al Padre. 29 Le dijeron sus discípulos: Ahora hablas claramente y ninguna alegoría dices. 30 Ahora entendemos que sabes todas las cosas y no necesitas que nadie te pregunte; por esto creemos que has salido de Dios. 31 Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? 32 La hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. 33 Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo.

Introducción

“Padre nuestro que estás en los cielos...” Jesús nos enseñó a orar así. Más, ¿qué es la oración? ¿A quién orar? ¿Cómo debemos orar? ¿Qué debe movernos a orar? ¿Qué lugar ocupa la oración en nuestra vida cristiana?

1. La oración al Padre

A. El Padrenuestro

Bien, ¿qué es la oración? “La oración es el acto en el cual con corazón y labios exponemos nuestras peticiones delante de Dios, lo alabamos y le damos gracias”.¹ ¿Y qué debe movernos a orar? “Deben inducirnos a orar el mandamiento y la promesa de Dios como también nuestras propias necesidades y las del prójimo”.²

La oración modelo por excelencia es el Padrenuestro: “Padre nuestro que estás en los cielos...” El Padrenuestro consta de esta introducción, seguida de siete peticiones y la conclusión. “Padre nuestro que estás en los cielos. *¿Qué significa esto?* Dios, por estas palabras, quiere atraernos cariñosamente, para que creamos que Él es nuestro verdadero Padre, y nosotros sus verdaderos hijos, y para que le roguemos con seguridad y confianza como los hijos amados a su amoroso padre”.³

Suele pasar a veces, sin embargo, que no oramos como conviene. “El cristiano tiene necesidad de luchar mucho antes de que llegue a ser fervoroso e intenso en la oración y crea que realmente obtiene lo que suplica a Dios. ¡Cuántas veces está distraído, pronuncia las palabras mientras piensa en otros asuntos! Bien se ha llamado al Padrenuestro el más grande mártir. Aun los cristianos verdaderos incurren en esta falta. Claro está que no puede ser cristiano quien de ordinario recita maquinalmente el Padrenuestro sin saber lo que ha dicho. El cristiano, cuando advierte con cuan poca devoción ha pronunciado su oración, se siente profundamente humillado y comienza de nuevo el Padrenuestro. Con todo, siempre conservamos nuestra naturaleza humana. Verdad es que en ocasiones... nos parece hallarnos ya en los cielos, en que nos parece estar hablando con Dios”.⁴ Y en otras ocasiones, pareciera que él no nos escucha, y nos desesperamos.

Pero Cristo mismo nos dice hoy: “el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios” (Jn. 16:27), y también: “23b De cierto, de cierto os digo que todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará. 24 Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo” (Jn. 16:23b-24).

B. La invocación a los santos

Tenemos aquí una promesa de parte de Cristo: “todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará” (v. 23b). “Pero acerca de los santos no existe tal promesa. De modo que las conciencias no pueden estar seguras de que somos escuchados por medio de la invocación a los santos... Además, tenemos también mandamiento de invocar a Cristo, según el texto: “Venid a mí todos los que estáis trabajados” (Mt. 11:28), y esto ciertamente va dirigido también a nosotros... Y en Juan 5:23, Cristo dice: “Para que todos honren al Hijo como honran al Padre”... Pero de la invocación a los santos, ¿qué mandamiento, qué ejemplo de las Escrituras pueden aducir [presentar] nuestros adversarios?... Debemos estar absolutamente seguros de que por causa de Cristo se nos escucha cuando oramos, y de que por sus méritos tenemos un Padre reconciliado.”⁵ Porque, “¿qué es la fe viva y verdadera de corazón [con la cual oramos al Padre] sino la seguridad divina de que tenemos el perdón de los pecados y que los portales del cielo nos son abiertos?”⁶

¹ Catecismo Menor, preg. 208.

² Catecismo Menor, preg. 209.

³ Martín Lutero, *Catecismo Menor*, III parte.

⁴ C.F.W. Walther, *Compendio de Ley y Evangelio*, p. 87-88 (tesis 17).

⁵ *Libro de Concordia*, Apología, art. XXI § 17b, 18, 20.

⁶ C.F.W. Walther, *Compendio de Ley y Evangelio*, p. 121 (tesis 23).

2. Orando en el nombre de Jesús

“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: “¡Abba, Padre!” (Rom. 8:15). Y también: “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: “¡Abba, Padre!” (Gl. 4:6) Esta confianza en nuestro Padre celestial nos induce a orar incluso en las horas cercanas a la muerte, como el mismo Cristo decía en su agonía espiritual en el huerto de Getsemaní, la noche de su Pasión: “¡Abba, Padre!, todas las cosas son posibles para ti. Aparta de mí esta copa; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú” (Mc. 14:36).

Antes de eso, él les había dicho a los apóstoles, durante la última cena: “32 La hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado y me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. 33 Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo” (Jn. 16:32-33). En verdad, orar no sabemos hacerlo como conviene, pero “el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad... el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Ro. 8:26)... Y “el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Ro. 8:27).

Todas estas ventajas y bendiciones espirituales tenemos al orar al Padre en el nombre de Jesús. Por lo tanto, concluimos que “debemos orar solamente al verdadero Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, porque a Él solamente pertenece este honor, y porque Él solo puede y quiere atender nuestras oraciones”⁷; y “debemos orar en el nombre de Jesús y con firme confianza”.⁸ “Orar en el nombre de Jesús es orar, no confiando ser escuchados por nuestra dignidad, nuestros méritos o nuestras obras. Precisamente porque somos indignos, sin mérito y pecadores, necesitamos orar. Orar en el nombre de Jesús es orar con la confianza de que Dios nos atenderá en base a los méritos, la dignidad y las obras de nuestro Señor Jesucristo”.⁹

“A la vez es necesario subrayar que la oración en el nombre de Jesús no es una fórmula mágica que garantiza los resultados deseados cada vez que pronunciamos las palabras ‘en el nombre de Jesús’. La oración no funciona *ex opere operato*, es decir, sin fe de parte del que ora... Orar en el nombre de Jesús significa orar con fe. Una oración en el nombre de Jesús es verdadera cuando llegamos ante Dios con la confianza de que Cristo es nuestro [único] mediador [entre Dios y los hombres] y de que seremos atendidos por lo que Jesús hizo en la cruz. Si creemos que Dios atenderá nuestras oraciones porque son muchas, largas o muy devotas, nos engañamos a nosotros mismos. Si oramos a otros mediadores, mostramos que nos falta fe en la promesa y en la obra redentora de Jesús y la fe en el amor del Padre y del Hijo.”¹⁰

Conclusión

“Padre nuestro que estás en el cielo...” “Tal como enseña el segundo mandamiento, orar es «invocar a Dios en todas las adversidades». Esto lo quiere Dios de nosotros y ello no dependerá de nuestro arbitrio. Por lo contrario, debemos orar y es necesario que lo hagamos, si queremos ser cristianos. Lo mismo que debemos obedecer... a nuestro padre, a nuestra madre y a las autoridades. Con las oraciones e imploraciones se honra el nombre de Dios y se lo emplea útilmente”.¹¹ “Por eso, está muy bien que la oración sea nuestro primer quehacer por la mañana, temprano, y el último del anochecer; es la mejor forma de guardarse uno con diligencia de los falsos y engañosos pensamientos que están sugiriendo: «Espera un poquito más; rezaré pasada una hora, en cuanto haya acabado esto o aquello que tengo que hacer». Pensando así se llega a abandonar la oración por los negocios que nos rodean y nos entretienen de tal forma, que nos impedirán hacer la oración a lo largo de todo el día.”¹² El Señor nos conceda siempre su gracia. Amén.

⁷ Catecismo Menor, preg. 210.

⁸ Catecismo Menor, preg. 213.

⁹ Rodolfo Blanck. (1999). *Juan, un comentario teológico y pastoral al cuarto evangelio*, Saint Louis: Editorial Concordia, p. 480.

¹⁰ Rodolfo Blanck. (1999), p. 480.

¹¹ Martín Lutero, *Catecismo Mayor*, III Parte, § 8.

¹² Martín Lutero, *Método Sencillo De Oración Para Un Buen Amigo* (1535), p. 1